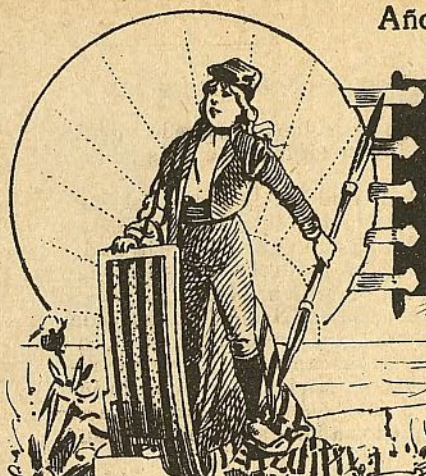


Año V. Barcelona 19 de Junio de 1891 Núm. 23.



# LA Semana Comica

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DELA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO,  
ILUSTRADO.

ADMINISTRACION:  
Plaza de la Universidad. 5

Lit. Miralles. Union, 17.

TIPOS ARTISTICOS, POR ESCALER



Una chiquilla muy rica,  
modelo de ligereza  
¡Como que tiene la chica  
mucho viento en la cabeza!

Ayuntamiento de Madrid





Ya está otra vez la burra en el sembrado, como dicen en mi tierra.

De nuevo los *reporters* de la Corte huyen de las casacas de ministro para ir tras los birretes de magistrado; los chicos de la prensa han abandonado la crítica literaria para dedicarse a una exégesis legal, propia de los clásicos *Glosadores*: ya el perfecto noticiero, en vez de pasarse por Gobernación «a tomar la Gaceta», copia en la Audiencia los señalamientos para el día siguiente, y el Diccionario de J. P. Larrousse ha dejado de ser la obra indispensable de las redacciones de periódicos, en donde se hojea, ó se ojea, á todas horas la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Forzando un poco la máquina en el juicio oral del matute y en el proceso de «la niña martirizada» ¿quién sabe si llegaremos á los felices tiempos del crimen de Fuencarral y del «muerto resucitado»?

Yo espero ver á los críticos literarios plantándose la toga, encasquetándose el birrete y olvidando la última novela del padre Coloma, para emprender á tajos y á mandobles con las Novelas... de Justiniano.

Todo es cuestión de empezar, y si no vacilamos hace dos años en meternos con la Justicia, menos dudaremos ahora en atropellar la Prudencia y demás virtudes cardinales.

Todo para el escándalo y por el escándalo.

Desde que las empresas periodísticas eligen buenas obras y buenos traductores para los folletines, han huido de éstos los crímenes, fraudes, tropelías y barbaridades que eran su esencia, para desparramarse por todo el cuerpo del periódico, bajo títulos que dejan muy atrás á la novela más espeluznante de Montepín ó de Ortega y Frias.

Se acerca, pues, la época en que el folletín será la lectura de las personas formales y sensatas, mientras la gente moza y los temperamentos impresionables encontrarán en la sección telegráfica, en los sueltos y en los artí-

culos de fondo esas fechorías que echan de menos en la novela.

Lo peor es que Barcelona no puede seguir esa corriente «fin de siglo» que más parece «fin del mundo».

En Londres han tenido el proceso del Baccarrá con la intervención de un príncipe más ó menos abatido; en París el asunto de la melinita, que por poco ha deshecho todos los planes de defensa nacional; en Málaga el asesinato de un personaje; en Alcalá de Henares la sentencia del *Sultan*, un hombre que se ha casado tres veces y será capaz de interponer recurso de *casación*; en Madrid un sumario interesante y un juicio más interesante que el sumario, para que los aficionados tengan donde elegir...

Y á todo esto en Barcelona ¡ni un mal juicio de faltas! ¡ni siquiera un acto de conciliación!

¿No habrá una empresa bastante poderosa para contratar, en obsequio de la prensa barcelonesa, á Jak el Destripador, ó á la serpiente de siete cabezas ó al Anti-Cristo?

Si, como afirma la escuela positivista, el clima influye en la criminalidad y esa es la causa de los pocos delitos que aquí se cometen, la prensa regional debe pedir al Gobierno que nos cambie el clima.

No faltará diputado que explane sobre el asunto una interpelación en el Congreso.

O si no, llámense á Barcelona á todos los ladrones y asesinos, como los llamaron Rómulo y Remo antes de fundar á Roma.

¿Quién sabe si por eso llegó á ser Roma el pueblo legislador por excelencia?

Si allá, para cuando se acabe el mundo, hay todavía periódicos y continúan con la tendencia actual, no será extraño que la última de las generaciones humanas lea esta noticia en algún diario de gran circulación:

«Noticiosos de que dentro de algunos días va á tener lugar la vista pública del Juicio final contra Adán y consortes, hemos tomado las medidas convenientes para dar á nuestros lectores cuenta fiel y detallada del célebre juicio que tanto ha de llamar la atención pública. Nuestro periódico durante aquellos días se venderá profusamente en el valle de Josafat.»

En medio de esta *sumario-mania* que invade hoy á la prensa española, LA SEMANA CÒMICA constituye una honrosa excepción.

Es de los pocos semanarios que no publican *sumario* al frente de sus páginas.

LUIS ROYO VILLANOVA.

## ¡ COMO SIEMPRE !

Con palabra atronadora clama el honrado Facundo que nunca se ha visto el mundo como se está viendo ahora.

Como causa del exceso de tanta inmoralidad, acusa á la libertad

y hace cargos al progreso, creyendo el pobre Facundo que, de uno en otro desliz, va nuestro mundo infeliz camino del otro mundo.

En vano su fin predice blasonando de profeta.

¡Ha perdido la chaveta y no sabe lo que dice!

Si el mundo es torpe y fatal, no hay que darle al de hoy un pa-  
¡El mundo es malo y remalo [lo. desde tiempo inmemorial!

¿Que hoy es la envidia cruel



el alimento del ruin?...  
 ¿Pues por qué mató Caín  
 á su pobre hermano Abel?  
 ¿Que el vino acaba el dinero  
 y hasta la salud acaba?...  
 Noé ya se emborrachaba  
 y era todo un caballero.  
 ¿Que hoy no hay mujer que no  
 del hombre la perdición?... [sea  
 ¡Tiempo ya hace que á Sansón  
 lo esquiló su Dulcinea!  
 ¿Que hoy los amigos dan micos  
 y que venden al más diestro?...  
 ¡Judas vendió á su Maestro  
 por cuarenta perros chicos!  
 ¿Que hoy la guerra es torpe an-  
 [helo

causa de eternos desdoras?  
 ¡Santiago, matando moros,  
 se subió á caballo al cielo!  
 ¿Que es brutal y es inhumano  
 lo que en los toros se vé?...  
 ¡Aún hay reliquias en pié  
 del ancho Circo romano!  
 Si vuelves la vista allí,  
 fuerza es, lector, que te asom-  
 [bres,  
 porque allí pedían «¡Hombres!»,  
 no «¡Caballos!» como aquí.  
 En la experiencia me fundo  
 para afirmar sin temor  
 que hoy nos hallamos mejor  
 de lo que piensa Facundo.

La sombra se presta más  
 para las torpes acciones.  
 Hoy, de noche, á los ladrones  
 les estorba mucho el gas.

Y si un criminal mezquino  
 del castigo sale huyendo,  
 va el telegrama corriendo  
 delante del asesino.

Yo, á la verdad consagrado,  
 le pongo á Facundo tasa,  
 desmostrándole que *pasa*  
 menos de lo que *ha pasado*.

¡Y no hay duda, á mi entender,  
 pues datos seguros doy,  
 que ha de bendecir *el hoy*  
 todo el que mire *el ayer*!

JOSÉ JACKSÓN VEYAN.

## POR CELOS.

I  
 Un día en un gallinero  
 que tenían mis vecinas,  
 y en que á fuerza de dinero  
 reunieron diez gallinas,  
 entró un gallo pretencioso,  
 con instintos inmorales,  
 turbando el dulce reposo  
 de los pobres animales.

El otro gallo se había,  
 viendo en peligro su honor,  
 con furia y con energía  
 se dirigió al invasor.

Riñeron á picotazos,

venció pronto á su enemigo...  
 ¡y lo dejó hecho pedazos  
 dándole un justo castigo!

Se portó como un valiente,  
 y siguió con noble afán  
 ejerciendo dulcemente  
 sus funciones de sultán.

II  
 Rendido y enamorado,  
 se casó Blás con Pilar,  
 y jamás hubieran dado  
 qué decir ni qué contar,  
 si un amante calavera,  
 por desgracia del destino,

descarado, no se hubiera  
 interpuesto en su camino.

La mujer no oyó jamás  
 sus palabras. ¡Fué virtuosa!  
 Pero al fin lo supo Blas,  
 creyó culpable á su esposa,  
 y sin reparar en nada  
 ni ver si había razón,  
 de una horrible puñalada  
 la deshizo el corazón.

*El otro* logró escapar;  
 ninguno le ha vuelto á ver...  
 ¡Y don Blás llegó á quedar  
 sin honor y sin mujer!

FIACRO IRAYZOZ.

## FLORES SIN ESPINAS

I.

Era la honra del barrio y se pasaba la vida  
 como los pájaros, cantando. Dios la había do-  
 tado de singular destreza; trabajaba para un  
 almacén de flores de artificio y de las manos  
 de la muchacha salían tan primorosas, que  
 más que de trapo, parecían recién arrancaditas  
 del recuadro de un jardín. Recortando telas y  
 doblando alambres, veíasela de continuo los do-  
 mingos, trabajando por su cuenta y sentada  
 tras de los vidrios del biombo porteril. Tenía  
 alborotados á los inquilinos, pero á pesar de  
 ello, cuando no la veían, preguntaban en segui-  
 da á su madre, la muy respetable portera:  
 «Señá Curra, ¿qué le pasa á Consuelito? ¿Está  
 mala ó se ha quedado muda?» La parlera por-  
 terilla era así como el bullanguero canario de  
 aquella casa de vecindad.

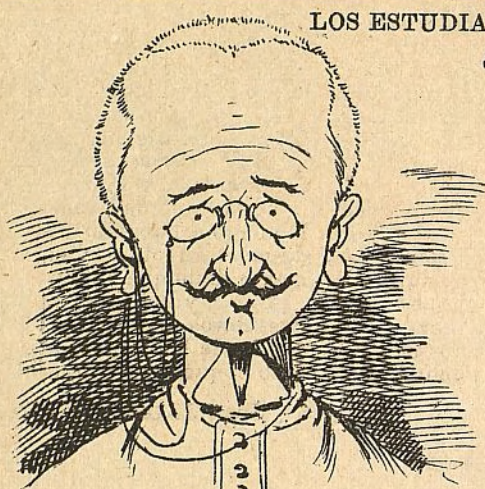
Y cuidado que Consuelito tenía buen ver.  
 Contaba quince años y su cuerpo parecía haber

sido hecho para envolverse entre blondas y se-  
 das, porque el percal era el percal y la sentaba  
 muy bien. Alta, esbelta, tan negro el pelo como  
 los ojos y uno y otros negrísimos, garbosa en el  
 andar, y en la edad de la vida en que el capullo  
 abre sus pétalos, y la niña, pasando á mujer, se  
 suelta de la mano del ángel de la inocencia pa-  
 ra arrojarle en los brazos de la pubertad. Con  
 su falda de percal francés, su pañuelo mascota  
 de vivos colorines anudado graciosamente  
 al cuello, y sus zapatos con pompones aprisio-  
 nándole los menudos piés, parecía una reina.  
 Los jaques que cobraban el barato por allí,  
 andaban todos detrás de ella, pero no se com-  
 ponía para ninguno, y aunque la esperaban al  
 ir y venir al taller, sólo conseguían oír de los  
 labios de la florista un «quítese Vd. de enme-  
 dio», que no les dejaba ganas para repetir sus  
 chicoleos. Rara era la verbena de San Cayeta-  
 no en que no había palos por causa de la mu-  
 chacha, y no se podía parar una marga ante  
 la puerta de su casa, pues todos querían bailar  
 con la porterita y se repetían las escenas tu-  
 multuosas de las verbenas.

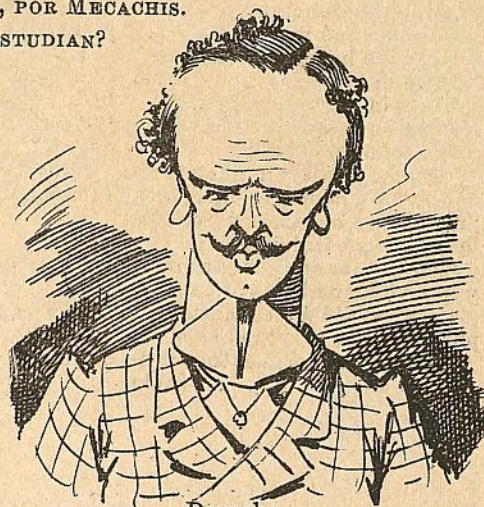
Pero cuando había que ver á Consuelito era



LOS ESTUDIANTES, POR MECACHIS.  
¿QUE ESTUDIAN?



Medicina.



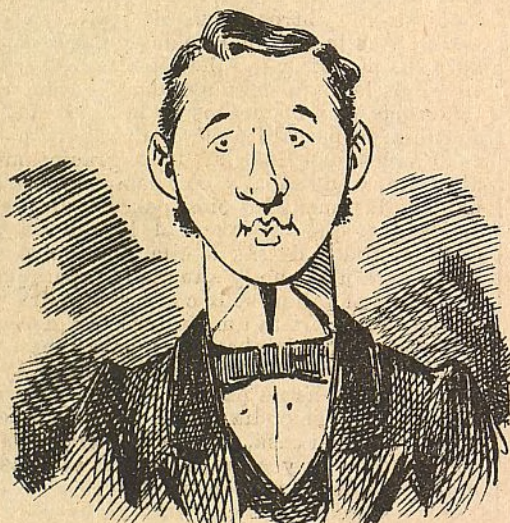
Derecho.



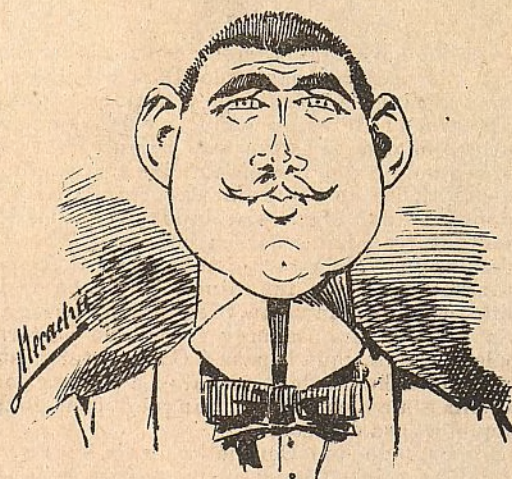
Filosofía y Letras.



Farmacia.



Ciencias.



Veterinaria.



LOS MAESTROS, POR MECACHIS.



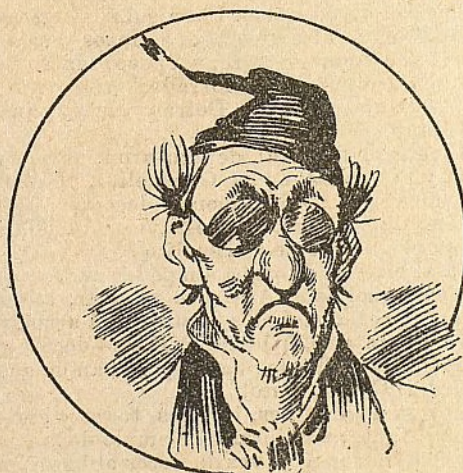
Compositor.



De baile.



Del toreo.



De escuela.



De obra prima.



el día 3 de Mayo. Cubría una mesita de pino de blancasabanilla, colocaba sobre la mesa una bandeja y en la pared una cruz, y alrededor de ambas, prendía profusamente y con esquisito gusto, ramilletes de flores contrahechas de las que ella misma hacía. Después, peinada con tufos, aprisionando una flor entre sus cabellos, terciado en su hombro izquierdo el paji-zo pañuelo de crespón, sonriente, alegre, brillantes como nunca los luceros de sus ojos y las rosas de sus mejillas, poníase á la puerta y echaba el alto á cuantos pasaban por la acera, diciéndoles con exquisita gracia:

—Un cuartito para la Cruz de Mayo.

## II.

Consuelito y yo nos cruzábamos de ordinario en el camino; ella venía á comer á su casa á la una de la tarde y yo salía á esa hora de la mía en derecha á la Universidad; al paso cambiábamos un «vaya usted con Dios,» y me saludaba de tan graciosa manera, que yo volvía siempre la cabeza para ver el donaire con que Consuelito movía sus modestos faralares. Un día no la encontré como de costumbre, y al volver la esquina de la calle halléme de manos á boca á la muchacha en tirado colóquio con apuesto y barbilampiño pisaverde, vestido, aunque con afectado desaliño, á la última moda. Conocíale yo de verle en las aulas; era uno de tantos estudiantes ricos que á vuelta de copiosa cosecha de suspensos, vulgo calabazas, se adornan por fin con un título de abogado que para nada les hace falta. Picado por la curiosidad, adelanté mi hora de salida y desde entonces me encontré todos los días á Consuelito acompañada por el mozalvete, caminando despaciosamente y de charloteo; llegaban á la esquina y allí se separaban. Con tal conducta, la portera no se enteró en algún tiempo de los amoríos de su hija.

Consuelito gustaba con delirio de las flores. Tenía en el patio de su casa cuatro ó cinco macetas á las que prodigaba todos sus cuidados, y en cuanto sonreía la primavera, antes se quedaba la muchacha sin comer que sin adornarse seno y cabello con rosas ó claveles. Cierta mañana se le fueron los ojos á Consuelito detrás de una ramilitera que vendía rosas; eran las primeras. Su novio conoció el deseo de la niña y se empeñó en regalárselas. Consuelito se resistió; pero ¡quería tanto á su amante y éste se mostró tan enojado porque las rechazaba!.. En fin, que no tuvo otro remedio que aceptarlas. Cuando la portera pidió luego explicaciones acerca de aquel ramo, Consuelito se puso colorada como la grana. Su madre adivinó que había algo oculto, y apremiando á la niña, ésta confesó de plano su noviazgo. La pobre portera, con su instinto maternal, adivinó lo insensato de semejantes relaciones y las prohibió en absoluto. Aquella tarde, cuando se avistó con su novio, la dijo éste con ternura: «Tienes los ojos hinchados; tú has llorado.» Pero Consuelito se defendió valientemente y su amante no pudo sacarle ni una sola palabra de lo sucedido.

Pasaron los días, y con los días los meses, y

Consuelito no hizo caso de los sanos consejos de su madre, y contra viento y marea, y pasando por encerronas, peloterías y regañinas, siguió la pobre muchacha con su novio, enamorada como nunca y creyendo de buena fé en las palabras que éste le daba. Aproximábase el Carnaval; una noche asistí á la Alhambra, y entre la enmascarada multitud me topé con el novio de Consuelito, llevando del brazo airosa máscara oculta bajo los pliegues de un ancho capuchón. En el acto me asaltó una sospecha.—¡Será ella!—me dije, y desde entonces no perdí de vista á la pareja y la seguí con disimulo á todas partes, aprovechando la algazara que en el salón y pasillos había. Bailaron sin dejarlo y sin perder danza alguna de la primera parte; en el descanso fuéronse al café y se sentaron ante una mesa; hice lo mismo, pero la maldita incógnita cenó sin despojarse de su antifaz. Comieron bien y bebieron mejor; al levantarse aquella mujer vaciló y punto menos que perdió el equilibrio, apoyóse en el brazo de su acompañante y abandonaron el café dirigiéndose hacia la puerta de salida del teatro. Empujando á unos, apartando á otros, sin parar mientes en las protestas de nadie, me adelanté á la pareja y la aguardé en la calle. Una vez en ella mis perseguidos, él llamó á un cochero que arrimó su vehículo á la acera, y la máscara, sin duda anhelando respirar y orearse con el airecillo de la madrugada, se arrancó de un tirón la careta, descubriéndose el rostro que á mi placer contemplé á la luz de los faroles del vestíbulo. No me había equivocado, por desgracia. Aquella mujer era Consuelito.

## III.

Dejé de verla, abandoné tales barrios y en dos años no volví á saber de Consuelito. Cierta mañana de un mes de Mayo me fui por aquellos sitios, pasé por delante de su casa y entré en el portal. El altarito que yo conocía estaba allí, cuajado de flores, pero no aparecían sus guirnaldas con la elegancia y buen gusto con que Consuelito las arreglaba. Olía á incienso el desierto portal y tenía algo de triste y extraño que contrastaba con la presencia de la mesita de petitorio. Iba á subir la escalera, cuando en lo alto de ella oí sollozos y pisar de varias personas. Esperé, y á poco, cuatro hombres bajaron un ataúd forrado de negro y listado de franjas blancas. Detrás venían cinco ó seis mujeres llorando.

Llegaron al portal, descansaron, abrieron la caja y vi el cadáver de Consuelito, blanco como la cera el rostro apenas descompuesto, y sereno y apacible como si estuviera durmiendo. La pobre madre de Consuelito seguía acongojada al féretro. Lloraba sin poder dominar sus violentos sollozos. Acercóse al altar, tomó de él las flores á puñados y empezó á arrojarlas dentro del ataúd.—¡Que se las lleve—decía—que se las lleve! ¡Ella las hacía, y la han de acompañar al Camposanto!

Las otras mujeres, jóvenes todas y amigas de la difunta, siguieron el ejemplo de la portera y coronaron á su vez de flores el inanimado cuerpo de Consuelito. El altar fué perdiendo



sus guirnalas y coronas y se quedó todo revuelto, con la sabanilla arrugada y la bandaja torcida. Entonces me dirigí á la portera, y la dije conmovido:

— ¿Cómo ha sido eso, señora Curra?

La portera me conoció y aumentó su llanto. — ¡Ya lo vé Vd., señorito, ya lo ve Vd! — exclamó acongojada. — ¡Pobrecita! ¡Ella, tan buena, tan viva! ¡La alegría de mi casa!... ¡Me quedo sola, sola! ¿Qué va á ser de mí sin mi hija? ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Malditos amores!... ¡Si se lo decía yo!... ¡Mira que ese señorito no te conviene, mira que no es de tu clase! ¡Pero nada, erre que erre! Cada vez más enamorada... ¡Pobrecita! Anteayer ¡aún tenía esperanzas de vivir... quiso que se la arreglase su altarito!... ¡Como todos los tísicos!... ¡Ayer se la llevó Dios!...

Tendí una última mirada al cadáver de Consuelito, mientras su madre siguió diciendo con desconsuelo:

— ¡Hija de mi alma! Bien te lo advertía yo: ¡Dios te libre de que sepas nunca que sólo las flores de trapo que tu haces no tienen espinas!

Taparon la caja, y tomándola de las agarraderas, se la llevaron las amigas de la difunta. La infeliz portera se empeñó en seguirlas; no hubo medio de hacerla desistir y todos se marcharon calle arriba.

A mi vez salí del portal y recordando las palabras de la inculta mujer y el amargo pensamiento brotado espontáneamente en aquella tosca inteligencia, me dije para mis adentros:

— ¡Flores sin espinas!... ¡Qué cosas adivinan las madres!

ALFONSO PEREZ NIEVA.

## OCCIDENTAL

Hermosa, luz de mis ojos, que, adormecidos y ciegos, cuanto más mirarte ansían menos ven en su remedio;

si no dan fé por lo turbios de lo mucho que te quiero, azotarán tus oídos mis deshilvanados versos; con ellos podré decirte, ya que tu Argos me da miedo, lo que aventuro al mirarte y lo que al hablarte pierdo.

Guarda á tu recato ponen tu esquivéz y mi recelo y una turba de amadores que espuelas dan al deseo; tan solo algunas miradas como favor recibieron, sin mirar que son tus ojos dos impostores correos.

Alguno juzgó el camino

como de fácil acceso y de arriba despenóle su conquistador empeño;

confuso y desamorado, vino rodando hasta el suelo, donde hiere con la lengua que hace vibrar el despecho.

Yo, en cambio, simá rendido, más cáuto, aunque menostercó, escudado en mi romance, con mi amor tus iras reto;

y he de hacer de mis palabras talismanes que hagan presto humildad de tu altiveza y mandatos de mis ruegos.

Tras de tí se marcha el alma como los graves al centro, como al cielo van las preces, como hacia el imán el hierro;

y eres, por prodigio raro, de la ciencia en menosprecio,

imán que atrae en sus polos menos que en su punto *neutro*.

Juro á Dios, si tú me quieres, (y es solemne el juramento) romper el cálamo torpe y no escribir más conceptos; que á tales trances me obligas con tus futuros desprecios, y es amenaza terrible hacer promesas de versos.

En cambio, si me desdeñas, juro por mi númen fiero dedicarte madrigales y un centenar de ovillos, con lo que, al cabo vencida, haré de tu rendimiento el fruto de mi venganza y de mi combate el premio;

hermosa, luz de mis ojos que, deslumbrados ó ciegos, no miran que en tus pupilas me ofreces todo un infierno.

ÁLVARO DE MIJENAS.

## MALES DE LA AUSENCIA

I.

Pues... me escribió el otro día mi novia, que está en Segovia, donde vive en compañía,

de una tía... (de una tía de mi novia); y en dos ó tres pliegos, llenos de faltas de ortografía, sobre poco más ó menos me decía:

«...Sé por algunas personas, alma mía, que á los males de la ausencia te abandonas

con extraña complacencia; y es preciso

que ese abandono moderes, si me quieres, y nos quieres evitar un compromiso...

Sin ir más allá, anteayer me estuvo diciendo Paco que no se te puede ver sin que inspires compasión, pues te vas poniendo flaco hasta la exageración, y ojeroso y paliducho...

De todo lo cual yo saco, dueño mío, en conclusión, que te desesperas mucho

sin razón...

Y es necesario, alma mía, que te animes y te cures de tal desesperación...

¿Enfermar?... ¡Qué tontería! Mejor será que procures darte alguna distracción dos ó tres veces al día, con la cual huyas de esa tentación infernal.

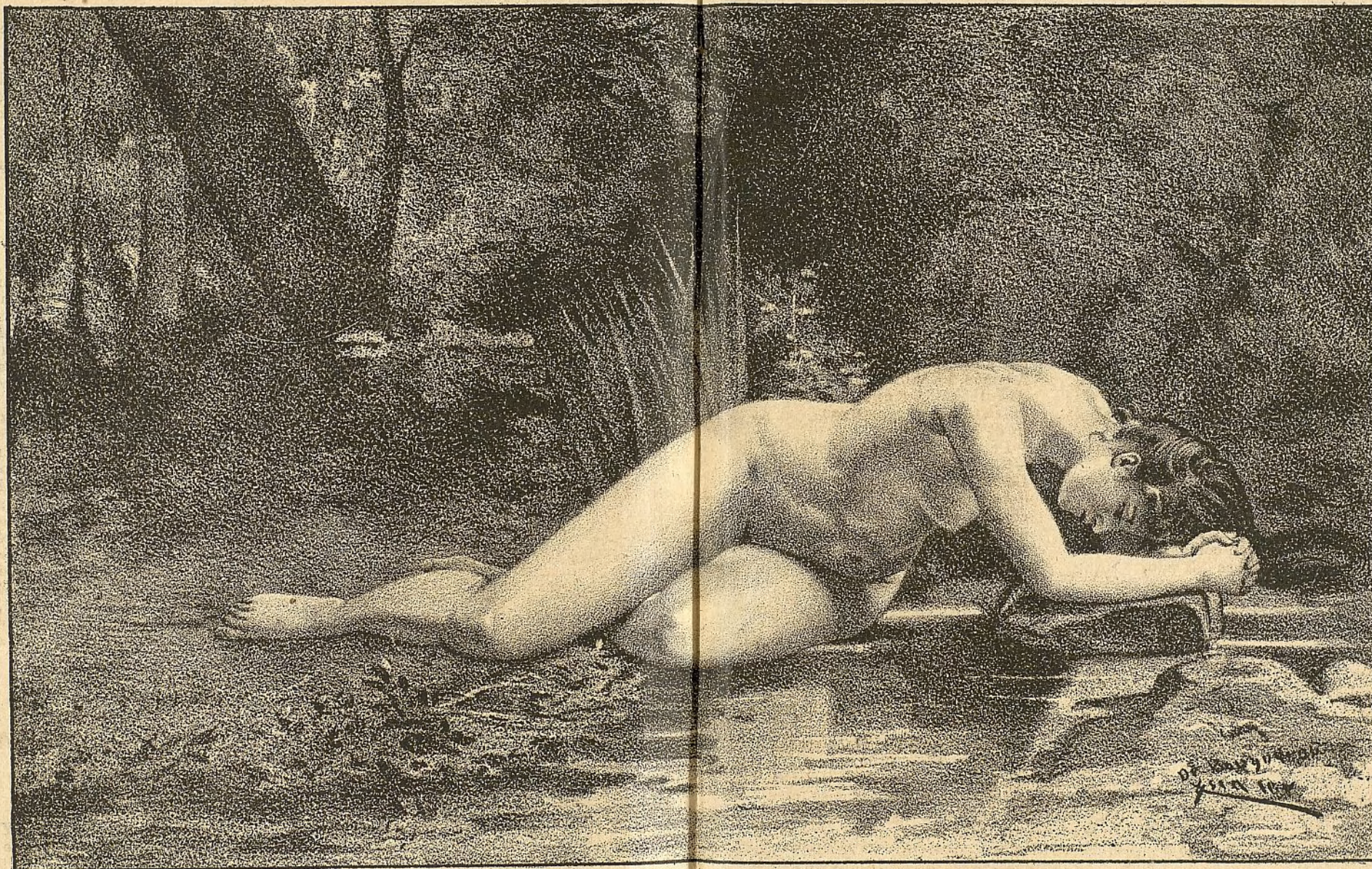
Y como seas formal, y no te agites por mí, se irá aliviando tu mal...



15 CÉNTIMOS

LA SEMANA CÓMICA  
GALERÍA ARTÍSTICA, POR ESCALER.

15 CÉNTIMOS



BYBLIS  
(Cuadro de Bouguereau.)



¿Qué no? ¡Veras como sí!

¡Ya lo creo que te curas!...

Mas si acaso tus ojerás  
son efecto de las puras  
emociones

que hacen nacer las pasiones  
verdaderas

en todos los corazones,  
ve que en el rudo combate  
que sostiene el sér humano,  
si de amor su pecho late,  
pronto sus fuerzas abate  
quien no da paz á la mano...

Como todo lo que has hecho,  
lo has hecho porque me quieres,  
ya que á tu amor correspondo  
desde el fondo

de mi pecho,  
vale más que te moderes,  
¡que, en eso del... platonismo,  
son lo mismo

los hombres y las mujeres!

Te pasas *de largo*, y eres  
en esta ocasión muy tonto.  
¿No vas á venirte pronto,  
para seguir tus quehaceres,  
á mi lado?

Pues recuerda los placeres  
que yo te he proporcionado  
en los bailes y reuniones  
que daba el año pasado,  
y olvida esas tentaciones  
de cariz tan peligroso,  
que te vuelven demacrado

y ojeroso. .»

## II.

Así hasta el final seguía  
la esquila que el otro día  
me escribió desde Segovia  
mi idolatrada María.

Y es el caso que mi novia  
supo lo que se escribía,  
por más que lo hiciese *á oscuras*.  
¡Pues juro que mis ojerás  
son efecto de... «las puras  
emociones  
que hacen nacer las pasiones  
verdaderas  
en todos los corazones!»

CÁRLOS MIRANDA.

## DIÁLOGO ÍNTIMO

— Dale tu blanca mano.

— ¡Mamá, no puedo!

— ¿No dices que no hay hombre  
como tu Alfredo?

— Sí, pero no me caso.

— Pues, hija mía,  
perder el tiempo es una  
majadería.

Bien sabes tú que él vive  
con desahogo,  
y es honrado y es fino  
y es pedagogo.  
No ignoras sus felices  
disposiciones,  
tanto para hacer tortas  
de chicharrones,  
como para hacer punto  
de cadeneta  
y tocar de memoria  
la pandereta.

¿No te encantan las guías  
de su bigote,  
y la tez sonrosada  
de su cogote?

¿No te atrae su extremosa  
galantería,

ni el corazón que gasta?

— ¡Sí, madre mía!

— ¿No te agradan sus buenas  
inclinaciones

y la hermosa abundancia  
de sus doblones?

— Sí, mamá; pero juro

que me da miedo  
vivir en compañía  
del pobre Alfredo,  
porque sé que una prima  
de su padrastro  
vivió catorce meses  
con un tal Castro,

y Alfredo está en peligro  
como están pocos,  
pues los padres de Castro  
murieron locos.

Además, he sabido

que el muy marrano  
gasta almilla sin mangas  
en el verano.

— Pero bien, ¿tú le quieres?

— Con mi alma entera.

Le quiero como el mero

quiere á su mera,

como la cangrejita

quiere al cangrejo,

como á la comadreja  
su comadrejo.

Pero aunque en mi marido  
no pido gangas,  
tampoco quiero un hombre  
loco y sin mangas.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## DE UNA NOVELA INÉDITA.

— Es curiosa tu aventura—dijo Carlos.—Ya  
seguirás contándomela, cuando hayamos al-  
morzado.

— Sí, lo primero es el estómago—contestó  
Luis.

Y ambos descendieron del coche y entraron  
en la fonda donde reinaba grandísima anima-  
ción. Los viajeros, después de diez horas de  
dieta, iban á almorzar en Medina del Campo.

Alguno no hizo más que sentarse y se aba-  
lanzó sobre los postres, colocados en el centro  
de la mesa, y quien arremetía contra la man-  
teca, como si temiese no poder disfrutar de  
otros alimentos más sólidos.

Luis y Carlos comían como dos maestros de

escuela, sin pronunciar palabra ni ocuparse  
de los demás viajeros. A su lado devoraba  
también silenciosamente cuantos manjares  
salían á luz, un caballero alto, grueso, con  
grandes patillas rubias, que revelaba á las cla-  
ras su procedencia británica.

— ¡Señores viajeros, al tren!—gritó un em-  
pleado de la línea presentándose en la puerta  
del comedor.

Los viajeros se levantaron como movidos  
por un resorte. Sólo el inglés permaneció inal-  
terable apurando su taza de café. Carlos y  
Luis entraron en su coche.

— ¡Calle!—dijo el primero.—Aquí hay una  
maleta que no nos pertenece.

— Esto quiere decir que vamos á tener un  
compañero de viaje. . Sí: ahí está.

Efectivamente, en aquel momento el inglés



penetraba en el coche con la gravedad propia de los hijos de Albión. Sin hacer el menor movimiento de cabeza y como si estuviera completamente solo en la tierra, fué á ocupar uno de los rincones, impasible y mudo.

—¡Pues nos hemos divertido!—exclamó Carlos.

—Ya no podré seguir refiriéndote mis aventuras—contestó Luis.

—¿Por qué no? Estos ingleses no conocen más que su idioma. Puedes hablar con toda confianza.

—¡Y qué feo es!

—¡Horroroso! Parece un perro de perdices.

—Quedábamos—siguió diciendo Luis—en que yo conocí á Margarita en un baile de máscaras. Llevaba un trajecito de jardinera que la sentaba á las mil maravillas. Yo la invité á cenar; ella aceptó después de mil reiteradas instancias y por último tuve la dicha de acompañarla hasta su domicilio. «Nome pertenezco—me dijo en el momento de separarnos. —¿Como?—exclamé yo.—Soy casada—añadió ella.—¡Casada! ¡Cielos!... ¿Qué más da?»—Esta manera de expresarme produjo en Margarita un efecto desastroso; quiso despedirme de mala manera, pero vencieron mis ruegos y me otorgó su perdón.

—¿Y su marido?

—Su marido es un imbécil, un ogro, un be-duino, todo lo peor que puedes figurarte.

—El inglés nos mira atentamente—dijo Carlos.

—Déjale que nos mire—contestó Luis.

—Continúa.

—Margarita había dado su mano á aquel avestruz, obedeciendo las órdenes paternas, pero nunca pudo vencer la antipatía que le inspiraba su esposo. Else cree amado. ¡Infeliz! ¿Cómo ha de ser amado un hombre que suda tinta china y come el queso de Roquefort con corteza y todo? ¿Un hombre que gasta calzoncillos de franela amarilla y usa tirantes?

El inglés abría los ojos hasta lo inverosí-

mil; pero Luis, que no paraba la atención en estas manifestaciones de asombro, continuó diciendo:

—En fin, Margarita está resuelta á todo: á pedir la separación, á rebelarse contra las trabas sociales. Quiere que nos traslademos á cualquier país ignoto donde podamos celebrar nuestra unión con arreglo á las leyes allí establecidas.

Carlos se reía de muy buena gana al ver la exaltación de su amigo; el inglés, entretanto, había dejado de contemplar el paisaje y con los ojos fijos en Luis parecía querer comérselo allí mismo.

—¿De suerte—preguntó Carlos—que tú amas á esa mujer?

—Como un loco, como un insensato, como un salvaje. Estoy deseando conocer á su marido para provocarle; pero pasa fuera de Madrid grandes temporadas. Tiene una dehesa en Alba de Tormes y allí se entrega á las expansiones campestres.

—¡Qué bruto!

—Mucho, muy bruto.

—¡Caramba!—dijo Carlos—¡el inglés no nos quita ojo!

—No te ocupes de ese mamarracho—contestó Luis.

En aquel momento el tren se detenía en la estación de Ávila.

El inglés se levantó.

—¿A dónde querrá ir este tipo?—preguntó Carlos.

—Querrá pacer en estos campos frondosos—contestó Luis.

Paróse el inglés en el centro del coche, levantó los puños, lanzó un juramento terrible y después dijo:

—¡No soy inglés!... ¡Soy el esposo de Margarita!...

Luis, de un salto, se plantó en el andén.

Han pasado dos meses y todavía no se sabe qué ha sido de Luis.

Luis TABOADA.

## MEA CULPA...

—Aquí, sin confesonario y retirados del templo, voy á hacerme solidario de un pecado extraordinario, señor cura, y sin ejemplo.

Allá en mi pueblo, que es uno de los que el Guadiana riega, de pura sangre manchega y alegre como ninguno por sus montes y su vega, tengo yo, porque Dios quiso, un angel del paraíso que me dispensa el honor de quererme, con permiso del Señor.

Una morena... ¡un encanto! Lo digo como lo siento:

si usted la ve, no me espanto si peca de pensamiento, aunque presuma de santo.

Pues... á mi pueblo llegué lleno de entusiasmo y fe; yo bendecía mi estrella... ¡Calcule usted mi alegría! ¡Y calcule usted la de ella tan grande como la mía!

Con amoroso interés me aguardaba en el balcón; yo buscando inspiración para lucirla después, (con la muy santa intención de entretener y agradar, y si necesario fuera, estrujar

el limón de la mollera) tomé con mucho interés una copa de Chartrés, luego otra copa de ron y un buen cigarro después; tres excitantes, los tres, que han sido serán y son motivo de inspiración; y como para hacer boca, tomé un exquisito moka, que si le ponen escusas las musas á quien provoca ¡guay entonces de las musas! Con tales preparativos, me juzgaba en posesión de toda la inspiración de todos los vates vivos.



## EL ASUNTO DEL DIA, POR CILLA



—Diu que la duquesa atormentava á una nena, que es filla de San Sebastián...

—¡Filla d' un sant y l' atormentavan! Ja t' dich jo qu' aquesta familia está de pega. Perque el seu pare també diu que va morir atormentat.



AMORES DE CARTÓN, POR LAGO.  
(Historieta inocente.)



Ella, *Nena*, era propiedad de la hija de la casa, que había de irse al colegio. Él, *Polichinela*, había de quedar en poder del niño.



—¡Oh, no nos separaremos nunca!



—¡No me abandones!



—¡Huyamos, pues!



— Ya estamos á salvo.



¡Y se casaron y fueron felices!



Y para aguardar la hora  
de la cita,  
agarré una mecedora...  
Y la mente soñadora  
fuése á buscar derechita  
la charla enloquecedora  
de mi morena bonita.  
Todo calma; ningún ruido...  
Sólo danzaba la mente...  
Y yo me quedé dormido  
¡dormido completamente!...  
(Próximo á entrar en materia,  
el penitente suspira,  
porque la cosa es muy seria  
aunque parezca mentira.)  
—Y al despertarme después,  
renegando del *Chartrés*  
y maldiciendo del ron,  
ví, padre... ¡la conclusión  
del amoroso interés  
de esperarme en el balcón!  
Claro; la pobre, cansada  
oir cantar los serenos,

vió su paciencia acabada  
y fuése á dormir; ¡si al menos  
hubiese estado sentada!...

Yo que la quiero ¡Dios mío!  
con pasión devoradora  
que hace suyo mi albedrío,  
y cuando ella ríe, río,  
y lloro cuando ella llora;  
yo, que he sentido por ley,  
señor cura,  
de toda la humana grey,  
que para una criatura  
lo primero es la hermosura,  
después la patria y el rey...  
y yo, que siempre batallo  
por el amor, decidido,  
y en sus victorias me hallo  
y en sus derrotas he sido  
el más valiente vasallo,  
fuí, señor cura, ¡un caballo  
cuando me quedé dormido!  
Y aunque hay un atenuante,  
el del sueño, es muy pequeño,

¡que es un solemne bergante  
quien no espante  
por una mujer el sueño!

Y por eso quiero y digo,  
para quedar bien conmigo,  
porque estoy avergonzado,  
que sea grande el castigo  
¡no tanto como el pecado,  
porque eso no lo consigo!

Y mando pegar pasquines  
en las calles y en las plazas,  
declarándome, entre ruines,  
con aptitudes afines  
de melones, calabazas

y adoquines,  
y en posesión de las trazas  
y las crines

y las bestiales cachazas  
de los más flacos rocines  
que labren todas las azas  
de los manchegos confines!...

ANTONIO MONTALBÁN.

## HIPNOTISMO

Tras de profundo estudiar  
la ciencia del hipnotismo,  
he llegado á averiguar  
lo que allá en Madagascar  
están haciendo ahora mismo.

¿El hipnotismo? Bien sé  
que sábios faltos de fé  
son sus más tercos contrarios,  
y hasta le niegan á usted  
sus hechos extraordinarios.

En su estudio, tras certero,  
de aspecto grave, severo  
y detenido y profundo.  
Con él, se mira este mundo  
como por un agujero.

Es hoy el único modo  
de tener ventajas ciento.  
Es estudio de acomodo,  
porque todo, todo, todo,  
se averigua en un momento.

Penetra con su poder  
en la mansión *del no ser*,  
y es tanto lo que le abona,  
que hoy ya nos podemos ver  
hasta con Dios en persona.

¿No es eso ya un gran consuelo  
entre tanto mal que aterra?  
¿No es poca ganga, *de un vuelo*,  
poder uno ir hasta el cielo  
sin moverse de la tierra?

Grave problema resuelve  
que yo sincero atestigüo  
por el interés que envuelve.  
Por nuestro sistema antiguo

se va...; pero no se vuelve!

Supóngase usted, lector,  
que con su raro poder  
se puede, sin gran temor,  
lo más secreto saber  
y escondido; sí, señor.

¿Qué? ¿Que lo toma usted á ha-  
[blilla?

¿Una prueba? Bien sencilla!  
Pues... un marido que empieza  
á temer que su costilla  
le ha jugado... la cabeza,  
finge ignorar que á un villano  
su honra da, que descuartiza,  
y... la toma de la mano,  
le hace mimos... la hipnotiza,  
y ella, le *canta de plano*.

Digan si no es ventajoso  
y estiman, cual yo lo estimo,  
proceder tan asombroso.  
Así se evita un esposo  
seguir haciendo de... *primo*.

Y así, sin escandalera,  
tiene la clave certera  
de tan enorme trastada.

¿Con decir que no se entera  
ni la misma hipnotizada!

Supongamos—otro caso—  
que Alemania, en su arrogan-  
quiere llevar al ocaso [cia,  
á la Europa, dando el paso  
de provocar á la Francia.

Pues antes de proceder  
al *tun tun*, á la ligera,

é ignorando si el hacer  
tal, le pudiera traer

una desazón cualquiera,

se busca á un hulano apuesto,  
con presteza lo hipnotiza,  
le pregunta: «¿qué hubo de es-  
y el hulano profetiza, [to?»  
(en alemán, por supuesto.)

¡Que hubo un robo en... cual-  
[quier parte!

Pues un *guardia*, incontinente,  
llega por medio prudente,  
ó con astucia, ó con arte,  
hasta... el vecino de enfrente;

lo *catequiza* un momento,  
le pinta la situación,  
emplea el procedimiento,  
y el vecino, sin tormento,  
da á conocer el ladrón.

La joven tierna, hechicera,  
que á pesar de sus encantos  
teme quedarse soltera,  
que *me hipnotice*... y se entera  
si es que habrá de *vestir santos*.

Yo, en fin, que tras estudiar  
la ciencia del hipnotismo,  
he logrado averiguar  
lo que allá en Madagascar  
están haciendo ahora mismo,

le puedo, mi buen señor,  
decir muy presto, corriendo,  
todo lo que está usted haciendo.  
... ¿Dice usted que no, lector?  
Pues... ¿á que está usted leyen-  
[do?

J. CAMALLONGA.



## CHIRIGOTAS

Corresponsales exclusivamente encargados de la venta de LA SEMANA CÓMICA.

En Barcelona:

D. JUAN TASSO

Kiosko de la Rambla, frente a la calle del Hospital.

En Madrid:

D. JULIAN RODRIGUEZ

Tesoro 5, bajos.

Con el número próximo, termina el primer tomo del presente año.

Para inaugurar dignamente el tomo segundo, publicará LA SEMANA CÓMICA el 3 de julio un NÚMERO EXTRAORDINARIO, del cual daremos detalles la semana que viene.

Baste, por hoy, saber que hemos puesto en él los cinco sentidos (rectifico: cuatro... porque el número, por lo bueno, nos está costando un sentido) y que á partir de Julio, LA SEMANA CÓMICA, será mejorada y transformada...

Pero de esto hablaremos en el próximo número. Conformen Vdes., por ahora, con saber que les preparo una sorpresa.

¡Ah! Los señores colaboradores, de quienes, por olvido, no hayamos solicitado trabajos para el extraordinario, pueden, desde luego, considerarse como invitados á colaborar en él. El plazo para la admisión de originales se cierra el día 30.

Con que... ¡lo dicho, Comendador!

¡Salud y doblones!

Ahí va un jeroglífico-tipográfico, que me mandan por el correo interior:

EETMSSDXXXDIAA

Al primero que lo adivine, le daremos... le daremos... ¿qué vamos á darle al primero que lo adivine?

Nada: le daremos... nuestra más entusiasta enhorabuena por su asombrosa penetración. Que... dar es!

Con, de, en, por, sin, sobre «el martirio de una niña.»

Silencio, que habla *El Liberal*:

«La habitación que en la cárcel ocupa la duquesa se divide en dos partes: una salita y un dormitorio pequeño. En el dormitorio hay tres camas de hierro de buena fábrica, limpias y modestas.

Todo es tranquilo, y de esa manera se comprende que sea tranquilo y hasta feliz el despertar en la Cárcel.»

¿Sí, eh?

Pues si tan tranquilo «y hasta feliz» le parece á Vd. que ha de ser... ¿A que no se va usted á despertar allí unos cuantos meses?

Luego nos enteramos de que la duquesa peina ella misma á sus hijos.

Y de que suele tomar chocolate por la mañana.

Y de que los hijos «se educan en casa, dirigidos por profesores encargados de su instrucción.»

Noticias todas, como Vdes. ven, muy interesantes... ¡y que tienen mucho que ver con el proceso!

LIBROS RECIBIDOS.—*Noche maldita!*, bonito monólogo dramático, en verso, original de don Manuel Martínez García.

*Follías*, colección de bellísimas poesías catalanas de D. José Roselló.—Precio: 2 reales.

*Cartel de los Juegos Florales* que celebra el Centro Militar y de Retirados, de Málaga.



T. C.—Madrid.—No contesté, por haber perdido las señas de su domicilio. Pero estoy conforme. ¡Vaya si estoy conforme!

A. J.—Barcelona.—En el número 17 de la colección del 90.

J. R. B.—Barcelona.—¿Jurais que *ciego* es consonante de *espejo*? No, no lo jure usted porque se condenaría.

Picio.—¿A cualquier cosa llaman Vds. cantares!

D. V.—Gijón.—Tiene Vd. razón. Al que no le gusten, que los deje. Es así que á mí no me gustan; luego... Saque Vd. la consecuencia.

F. A. y G.—Barcelona.—¿Ve Vd? Lo de Vd. si que me gusta ¡Y mucho! Tanto, que ahí va integra (¡Dios nos coja confesados!)

## ¿EN QUÉ QUEDAMOS?

I.

Puesto que cansado estoy, he de hablar con el papá de mi novia la Francisca para podernos casar.

Usted me dispensará aunque enterado esté ya que por la hija de usted tengo bastante ansiedad por su garbo y por su sal; más para hablar sin reparo y tranquilos poder estar veo preciso en hablar usted y yo.

—Es claro como es una chica joven y muy corta es su edad, sino hablara usted muy claro no se la podría llevar. (Naturalmente!)

De todo lo que yo tengo

ella la dueña será, pues yo á todo me avengo y ella de mí dispondrá.

—Puesto que estoy enterado que es usted buen chico y formal, puede vivir descansado y que no se porte mal.

II.

—Un íntimo amigo mío que vive con Soledad, me ha dicho que era Vd. casado y que á mi hija quiere engañar.

—Si señor, yo me casé más estoy aborrecido; de estar con una mujer que siempre soy mal recibido. —Aun que nos ha engañado, y si tiene Vd. placer, la ha de dar más á mi hija que a su propia mujer.

Federico Aguirre Gomez.

Y ahora, no extrañen los señores A. C., *Piripi*, P. J. y *Un tranquil*, de Barcelona. D. D., *Catapulla* y S. D., de Madrid, A. S., de Sevilla, y E. C., de Valencia, que no me quedan fuerzas para contestarles.

[Eso extenua!]

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

Ayuntamiento de Madrid





LA SUECIA, (PELAYO 8)

ó Una riña á grande orquesta

(Continuación)



Ya hemos dicho que lo que estábamos contando era muy horrible.

Para convencerse de la bondad de los muebles que se expenden en *La Suecia*, no hay como cerciorarse, comprándolos.

Para convencerse del trágico horror de lo que venimos narrando, no hay como enterarse, comprando el número pasado.

Ya hemos dicho que era de noche. Y que llovía.

Los dos embozados de que hemos hablado, marchaban en silencio, uno delante, detrás el otro.

De repente, la cárdena luz de un relámpago iluminó el espacio. A su luz pudimos ver que el primero de los dos embozados, el que marchaba delante, se llamaba D. Lope.

Andando, andando, llegaren ambos ante una casa de suntuosa apariencia.

Don Lope se detuvo. Su compañero le imitó. El primero llamó á la puerta con el pomo de un puñal.

La puerta se abrió como impelida por mágico resorte.

Ambos entraron.

¡Cielos! ¡qué horrible sigue siendo esto!

(Se continuará.)

LA NUEVA CORBATINERA

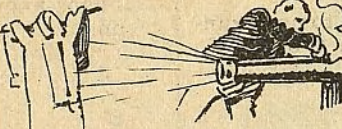
(Boquería, 31.)



¿Ven Vdes.? Esto es una camisa.



Y esto un cañón.



¡Apunten! ¡fuego!



Y aquí está la bala aplastada. Porque las camisas que se expenden en *La Nueva Corbatinera* no se rompen ni á cañonazos.

EL REY DE LOS MUEBLES

(Escudillers, 81)

ó UNA PRETENSÓN FRUSTRADA

(Continuación)



—¿Seis vos, príncipe?

—Sí: soy yo, princesa.

(Efectivamente, el príncipe era él mismo.)

—¿Y decis?...

—No digo: canto.

—¿Cantais, pues, que vuestro amor?

—Es eterno, princesa; con eternidad no comparable á otra alguna.

La verdad es que lo que el príncipe pretendía, era pescar la mano de la princesa y con ella el reino de Chucutru. Pero de esto ya nos enteraremos más adelante.

La princesa prosiguió:

—Luego, si algo más duradero, de eternidad más cierta que vuestro amor, yo os presentase...

—Imposible, princesa.

—¿Pero si os lo presentase?

—Renunciaria ¡ay, misero! á vuestra mano.

—Subid, pues.

Y arrojó al doncel una escala, por la que trepó éste con decisión.

Un minuto después, hallábase ante la princesa de Chucutru.

¿Veis cuán bellas son las sillas de Viena que en *El Rey de los Muebles* se expenden?

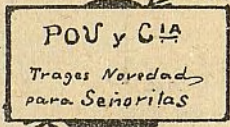
¡Cuán hermosos son los tocadores y lavabos que, á precios inconcebibles, allí se despachan? Pues ¡más hermosa y bella era todavía la princesa!

Esto parece imposible, pero es cierto.

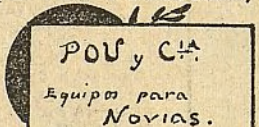
(Se continuará.)

HISTORIA DE UNOS AMORES

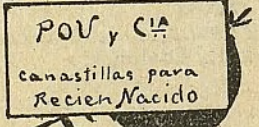
contada por POU Y COMPAÑIA, Fernando VII, 59.



Ella era una muchacha dulce, bonita... y entonces le mandábamos esta esquilita.



Buscó en el matrimonio dicha completa... y entonces le mandamos esta tarjeta.



Y hoy ¡claro! hemos sabido que necesita... ¡Fijese usté en el texto de la esquilita!

EXAMENES

DE HISTORIA UNIVERSAL



—¿Quién fué Lutero?

—Un camisero muy inteligente.

—¡Hombre, por Dios! Lutero fué el fundador de la Reforma.

—Pues por eso mismo.

Y LA REFORMA todo el mundo sabe que está en la Plaza de Santa Ana, núm. 4 y

Canuda, 28. ¡Y si viera Vd. qué camisas y qué corbatas se venden allí!

DE DERECHO POLITICO



—¿Qué Cortes notables puede Vd. citar?

—Las Cortes de Castilla, las Cortes catalanas...

—¿Y cuales más?

—Y los cortes de, trajes que se venden en EL LEON ESPAÑOL, de la Rambla de Sta. Mónica, número 8.

DE MEDICINA.

—Suponga Vd. que le llaman para asistir á un tísico en estado agónico, un caso desesperado. ¿Qué hará Vd?

—Esperar á que se muera...

—¡Hombre, por Dios!

—Sí, señor; y darle un traguito de la Quina. Momo, que fabrica D. José Torres. ¡Y resucita, señores, resucita!



DE HISTORIA



—¿Qué hizo Carlos V. en Yuster?

—Pues... volverse loco con la marcha de sus relojes. Porque como no los había comprado en la relojería AL REMONTOIR de la calle del Hospital número 99 ¡marchaban mal!

DE GRAMATICA.



—¿Cuántos son los géneros?

—Muchísimos.

—Hombre, no; son tres: masculino, femenino y neutro.

—Dispense Vd. Eso era antes. Ahora hay que añadir los géneros de lanería, pañolería y sedería, que se expenden en LA TORRE EIFFEL, de la calle del Carmen, 42.

DE HISTORIA DE ESPAÑA



—Hemos estudiado ya á la España actual en su parte política y en su parte administrativa. Vamos ahora á la económica...

—¿A LA ECONOMICA? Cuando Vd. guste. Calle de San Ramón núm. 25. Precisamente he ido esta mañana allí á comprarme un sombrero...